

DISCURSO DE INAUGURACIÓN DEL CURSO

ACADÉMICO 2011-2012

Saludo a las autoridades, y a todos los presentes

Otro año más, cumpliendo el ritual académico con el que se inicia el curso 2011-2012, tengo el placer de dirigirme a la comunidad universitaria de Almería y, a través de ella, a toda la sociedad almeriense, para cumplir con el solemne acto de apertura de curso y exponer lo que podemos llamar el estado actual de la Universidad de Almería, y los principios y razones que deben guiarnos en los próximos doce meses y en el inmediato futuro, sin perder nunca de vista el medio e incluso el largo plazo. El Rector que les habla pretende erigirse modestamente en portavoz de toda la comunidad universitaria y decir en voz alta como ve el presente con sus dificultades, y el futuro de este organismo vivo que es nuestra universidad. Como una pequeña célula en el concierto de la realidad social,

nuestra institución se inserta en un conjunto de realidades cada vez más complejas y diversificadas, de las que depende y a las que contribuye. Nunca como hasta ahora hemos tenido conciencia de la interdependencia de la vida universitaria con múltiples y variados factores de naturaleza social, económica y política. Decía Einstein en 1949 que la esencia de la crisis de nuestro tiempo consiste básicamente en la conciencia que el individuo tiene de su dependencia social, y sostiene expresamente: “Pero el individuo no ve la dependencia como un hecho positivo, como un lazo orgánico, como una fuerza protectora, sino como algo que amenaza sus derechos naturales, o incluso su existencia económica. Por otra parte, su posición en la sociedad es tal que sus pulsiones egoístas se están acentuando constantemente, mientras que sus pulsiones sociales, que son por naturaleza más débiles, se deterioran progresivamente. Todos los seres humanos, cualquiera que sea su posición en la sociedad, están sufriendo este proceso de deterioro. Los presos a sabiendas de su propio egoísmo, se sienten inseguros, solos, y privados del disfrute ingenuo, simple, y sencillo

de la vida. El hombre sólo puede encontrar sentido a su vida, corta y arriesgada como es, dedicándose a la sociedad” (Hasta aquí la cita).

Muchos son en la actualidad los sabios y pensadores que reflexionan sobre los motivos y causas profundas, algunas de carácter civilizatorio, de la actual crisis económica. Rechazando que nos encontremos en una crisis del saber y de la ciencia — esto es impensable en plena sociedad del conocimiento —, no queda más remedio que repensar la fe, tal vez ciega, que, como un automatismo, ha transmitido y transmite la propia era de la ciencia y la técnica, fe en el progreso ilimitado e infinito tanto desde el punto de vista de la explotación de los recursos, como de su aprovechamiento, como del reparto de los beneficios de esas actividades productivas. Como si todos esos procesos fuesen automáticos, como si hubiésemos sido transportados por un cierto optimismo antropológico, a la creencia de que los logros de todo tipo estaban definitivamente consolidados. Hoy, por el contrario, nos amenaza el desaliento, como si fuese posible perderlo todo. Ni lo

uno ni lo otro. Cada vez más, tomamos conciencia de los límites de nuestra era y civilización industrial, y de las posibilidades de supervivencia a nivel global dentro de esas limitaciones. Dado que están en juego los recursos vitales primarios de la propia humanidad, la presente crisis de crecimiento, la recesión económica y el descenso de casi todos los sectores productivos, han de hacernos recapacitar en que las soluciones a adoptar tienen la complejidad de los problemas que no son de hoy sino que, tal vez, arrancan de los inicios de la propia sociedad industrial. Creo no equivocarme si afirmo que estamos en un momento de llevar a cabo una profunda rectificación a determinado optimismo civilizatorio, que ha sido la fuente de no pocos problemas, sobre todo, de carácter social.

En la apertura del pasado curso académico, ya hice alusión a lo que desde nuestro contexto más inmediato, conocemos como la Estrategia Europa 2020, que no es otra cosa que la apuesta decidida y enérgica por un crecimiento económico inteligente, sostenible e integrador. En ese comunicado de la Comisión Europea

del año pasado, pero que no sólo no ha perdido vigencia sino que la sigue ganando, se habla de una “estrategia creíble de salida de la crisis”, que pasa por tener claros ciertos objetivos emblemáticos que son la inversión en I+D+I, en educación, en energía y cambio climático, en la reducción de la tasa de desempleo y de la pobreza, y en el estudio del papel de Europa en el concierto de los países en esa perspectiva del 2020. Pues bien, todos esos objetivos estratégicos pasan por la potenciación de las universidades como organismos vivos que estén en condiciones de afrontar esos retos. El marco global de nuestro trabajo y la divisa de nuestros fines esenciales ya son sabidos y conocidos por todos los europeos conscientes de su responsabilidad.

1. Estrategia a corto y medio plazo.

En este sentido, una de las metas que tenemos a corto y medio plazo es convertir nuestras universidades en campus de excelencia, con la mayor proyección posible a nivel nacional, regional e internacional,

porque es la única oportunidad de poder competir dentro del ordenamiento global de los estudios superiores. Defendemos su sentido y oportunidad, y creo que se trata de que cada universidad andaluza sea capaz de definir en qué ámbito puede alcanzar esa virtud y virtuosismo para llegar a ser puntera en su especialidad. Un campus de excelencia es un espacio de convivencia entre universitarios, en el que se combinan armónicamente la ciencia y la tecnología, el conocimiento, la investigación, y la transmisión del conocimiento, adaptando en todo momento la vida de estudiantes, profesores y personal de administración y servicios para forjar una verdadera comunidad de enseñanza/aprendizaje, adaptada a la vida social de nuestro mundo. Por eso creo que el concepto de campus de excelencia se adapta perfectamente a nuestra idea de formación integral, científica y cívica, humanista, y a la función de liderazgo social, potenciando la modernización de nuestras universidades y su necesaria proyección internacional. La Universidad de Almería consciente de este reto impulsa y lidera en torno a los estudios de

agroalimentación un proyecto de excelencia, el Campus de Excelencia Internacional Agroalimentario CEIA3, en colaboración con las Universidades de Córdoba, Cádiz, Jaén y Huelva, que sin el menor género de duda, redundará en beneficio de la provincia de Almería y de todas las actividades universitarias que se desarrollan en la misma, debiéndose, además, proyectar en un contexto global.

Tal vez puede parecer presuntuoso o engréido afirmar que la estrategia de nuestra universidad tanto a corto como a medio plazo es bien sabida, evidente y no plantea dudas para la comunidad universitaria. Lo venimos diciendo y hay que reiterarlo. Embarcados como estamos en la convergencia europea, nuestro objetivo inmediato es la consolidación de los nuevos estudios de grado, postgrado o máster y doctorado, en el marco de la estrategia unitaria de Bolonia. Ahora bien, esta meta se puede alcanzar con variadas y diferentes estrategias y, sin embargo, sólo una es realmente válida y adecuada a nuestra situación presente. Me refiero a la innovación docente como el único camino que nos asegura que los nuevos títulos y

estudios puedan tener garantías de éxito en un contexto de amplia y declarada competitividad. De esta manera queremos sentar las bases del primer principio que justifica la existencia de las instituciones de enseñanza superior como organismos innovadores en todos los ámbitos de sus competencias. Para lograr la meta de una sociedad del conocimiento que garantice una economía del conocimiento, se precisa la innovación docente en todo el sistema educativo. La emergencia de una cultura de cooperación entre el sistema público de ciencia y tecnología y el tejido productivo, de la que España carecía hace unos años, permiten a nuestro país estar en las mejores condiciones para lograr una sociedad y una economía del conocimiento plenamente cohesionadas. El papel de la ciencia para tal fin, así como su difusión y transferencia, resultan elementos imprescindibles de la cultura moderna, que quiere regirse por la razón y el pensamiento crítico en la elección de sus objetivos y en su toma de decisiones.

No se me ocultan las dificultades, sobre todo de tipo financiero, que atraviesan las universidades

públicas y con ellas la UAL. El pasado 8 de septiembre la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas, además de ratificar los principios básicos de su misión al servicio de la sociedad, tanto desde el punto de vista docente, como investigador como de las transferencias de los resultados, manifestaba su gran preocupación en estos momentos como consecuencia de las reducciones de transferencias presupuestarias que se vienen produciendo y que — cito literalmente — “puedan suponer una merma en el desempeño de las funciones esenciales que la sociedad asigna a la universidad”. La CRUE se siente especialmente preocupada por los costosos endeudamientos que son necesarios a corto plazo para hacer frente a las obligaciones de pago, y por los retrasos que se están produciendo en el pago a los proveedores. No obstante y dicho lo anterior, el ánimo común y compartido del sistema universitario español es que, ante las dificultades financieras se ha de redoblar los esfuerzos para hacer frente a sus obligaciones, entre ellas y la primera, el hacer frente a las retribuciones del personal que trabaja en la universidad.

Por lo que a mí respecta, le quiero hacer llegar que, junto a la reivindicación ante quien es responsable primario de la financiación de las universidades andaluzas, que es la propia Junta de Andalucía, con la que hasta ahora hemos mantenido unas relaciones de fructífera y leal colaboración, quiero anunciar que esta universidad, tras las oportunas consultas a todos los sectores implicados en la gestión de nuestros recursos económicos, tomará una serie de medidas específicas, que palién lo posible los efectos de la falta momentánea, al menos creemos que así sea, de los recursos financieros presupuestados. Mi convicción es que tenemos que seguir trabajando, incluso con mayor ímpetu si cabe, y encontrar cómo y donde sea las fuentes de financiación, en especial, para nuestra actividad investigadora y de innovación, pues en la adecuada transferencia de éstas tenemos el seguro de que la sociedad no se va a estancar y la reactivación de las actividades productivas se producirá tarde o temprano.

Y todo ello, hay que enfatizarlo, manteniendo nuestro firme compromiso con la modernización permanente de nuestra universidad, demandada por la sociedad, que exige, más que nunca, un esfuerzo constante de eficiencia, eficacia y racionalización de los recursos disponibles, realizado con rigor, transparencia, cooperación y la máxima austeridad posible, para que la sociedad que financia con sus impuestos a la sociedad, y más aún en momentos de graves dificultades económicas, siga confiando, como hasta ahora, en su universidad y creyendo que la inversión en conocimiento es la mejor inversión económica presente y futura que pueda hacer una sociedad moderna, como así lo creen los países más avanzados del mundo.

2. La investigación, desarrollo e innovación en la UAL.

Javier Zubiri, filósofo español del siglo XX, al que hoy se lee poco, afirma en uno de sus mejores libros que la ciencia y la excelencia son disposiciones y talentos humanos, que sólo por libre decisión, denodado

esfuerzo y renovada voluntad de perseverar, se hacen realidad. Esa es nuestra situación actual, que en una época de crisis se exige y demanda a la universidad y a los universitarios y universitarias, un esfuerzo, que si bien está de acuerdo con nuestras capacidades y talentos, responda a los grandes problemas que la humanidad tiene planteados y la acucian, y todo ello con pocos recursos. Desde diversos sectores sociales se señala a las universidades como las responsables en buena medida de proporcionar alternativas, ideas y propuestas, para regenerar la actividad económica y productiva, que adolece del suficiente tono, que parece átona o que no está en la forma que todos desean. Tal vez se nos exige demasiado, pero pienso que estamos capacitados para ofrecer lo mejor de nosotros mismos y para aportar soluciones parciales pero, a buen seguro, en el camino y la dirección correctos y adecuados.

Nuestra prioridad no ha dejado de estar clara en los últimos años y no es otra que otorgar la máxima importancia al incremento en la inversión en investigación, desarrollo e innovación, y al fomento de

las actividades relacionadas con todo aquello que se viene llamando “economía sostenible”, que tienen que ver con el desarrollo de las energías limpias y el ahorro energético y, sobre todo, con una atención a nuestra especificidad en el contexto europeo y mundial: el ámbito de las ciencias y las técnicas de la industria agroalimentaria. Podemos decir que tenemos bien definidas las metas y los objetivos, que a nadie se le oculta que no hemos de inventarnos a nosotros mismos, sino que ya sabemos lo que queremos. Ahora de lo que se trata es de ver qué estrategias son las más idóneas, con el menor costo posible, para afrontar los retos que tenemos planteados en la actual coyuntura que, digámoslo sin ambages, es de falta de una financiación suficiente que pueda asegurar lograr los objetivos propuestos. Además, añadiría, cuando se nos plantea desde la administración que nuestra financiación depende en buena manera de nuestro propio esfuerzo y de nuestra capacidad de y para captar nuevos recursos, todo lo cual da la impresión que se nos devuelve la pelota ante la mera reclamación y reivindicación de más presupuesto para enseñar e investigar. No estamos

acostumbrados a esta lógica un tanto descarnada, pero es la única posible en la actual coyuntura. Si la universidad necesita más dinero, pues que se ponga a buscarlo y lo encuentre hasta debajo de las piedras. Lo importante no es la anécdota, sino la filosofía que ello supone, y las nuevas reglas de juego a las que no estábamos acostumbrados.

En este contexto genérico, cada uno de los sectores (estudiantes, personal docente e investigador, y personal de administración y servicios) está llamado a desempeñar un papel crucial en el desarrollo de nuestra universidad y, en estos momentos, en el afrontar los retos que tenemos planteados. En especial porque nunca como hasta ahora, han sido indispensables las sinergias entre todas las personas que trabajamos en la universidad, porque nunca como hasta ahora se ha visto como absolutamente necesario la integración de los esfuerzos en una dirección unificada y en una meta clara, como es la de competir en un panorama en el que nada se regala, en el que desde lo más elemental ha de ser conseguido con un esfuerzo desmesurado. Confío en

la leal colaboración de todos los sectores implicados en la vida universitaria, para poder alcanzar acuerdos para hacer frente, de manera imaginativa, a la actual situación.

3. Relaciones con la sociedad. Dinamismo social. El 15 M.

La actual coyuntura del mundo exige combinar elementos de muy difícil articulación. El 15 M, junto a otros movimientos sociales más o menos espontáneos u organizados, demuestra bien a las claras una cosa: vivimos en una sociedad dinámica y nadie puede negar que esta sociedad no va a pararse ni permanecer anclada sin proponerse metas y soluciones de futuro, aunque algunas nos puedan parecer hoy utópicas. La profundización de la democracia exige introducir marcos y sistemas de deliberación para hacerla participativa y para dar oportunidad a la ciudadanía activa a que opine y a ser consultada en cada vez más asuntos que atañen a la vida en común. Los foros,

conferencias y debates, las comisiones y comités, deben volver a ser instrumentos indispensables, cada vez más abiertos a la participación de todos, para incorporar a la vida democrática, a un mayor número de individuos, para canalizar las energías que hoy abogan por una mayor democracia. En definitiva, el estado social de derecho necesita hoy urgentemente una ciudadanía activa, deliberativa y participativa, y es aquí donde la universidad puede jugar un papel más activo y decisivo, junto a los otros dos ámbitos, el de la resolución de los problemas de la crisis económica, apuntado a un decidido cambio y transformación de la economía productiva, y también en el desarrollo y profundización de esa seña de identidad europea que es el estado de bienestar o, como prefiero llamarlo, el estado social de justicia. La salida de la crisis y la profundización de la democracia van a ir de la mano, porque la primera ha impuesto la necesidad de la segunda, por paradójico que pueda parecer.

Sin duda nos hallamos en un momento de fin de una época y de tránsito a la siguiente, que

probablemente cambiará el sentido global del humano habitar la tierra. Casi todo lo que hasta ahora nos parecía sólidamente establecido, se tambalea, se pone en cuestión o no parece proporcionar una base sólida y firme para afrontar el futuro con garantías de estabilidad. Ahora más que nunca, se trata de adoptar decisiones y tomar medidas que nos sitúen en el camino de cambiar las bases del proceso de civilización, de afrontar una nueva era de la humanidad, que recogiendo lo mejor del esfuerzo de milenios, sea capaz de resolver las tareas pendientes, en el orden de la producción, la distribución más igualitaria de la riqueza y con la eliminación de las lacras que sumen a buena parte de la sociedad en un estado de miseria y postración. Para eso, la democracia, como realidad a lograr en buena parte del planeta, y a profundizar en el resto, puede ser el más firme instrumento para ese indispensable cambio de rumbo de nuestra civilización que antes llamábamos europea y que ahora se ha convertido en mundial, global o planetaria.

Pero esto no sirve de nada, si no somos capaces de estrechar y hacer más fuerte y duradero el vínculo de la universidad con la sociedad. La Universidad de Almería ha dado importantes pasos para fortalecer esos lazos, pero aún han de seguir dándose pasos. Agradezco sinceramente a las personas tanto privadas como públicas y, en especial, a todas las instituciones con las que colabora la UAL o con las que tiene establecidos acuerdos o colaboraciones del tipo que sean. Quiero poner un énfasis destacado en el terreno de la formación permanente, del estrechamiento de las relaciones universidad-empresa y, en especial, en el proceso de integración en la dinámica universitaria de los esfuerzos que de manera aislada se vienen produciendo en la sociedad, en el terreno de la innovación. Las entidades dedicadas al estudio y la investigación son un foro adecuado para canalizar la inquietud social por el cambio y la transformación. Éstos no se producirán sólo con un acto de voluntad; se requiere esfuerzo y trabajo, capacidad de sacrificio y renuncia. No basta con criticar si no somos constructivos y nos aplicamos a trabajar a favor de

soluciones prácticas. Las sociedades actuales presentan las características de su relativa transparencia en relación con las sociedades de tan sólo veinte o treinta años atrás. No sólo la disponibilidad de información, de conocimiento y de saber, sino los medios e instrumentos puestos a disposición de millones de personas para su promoción y mejora personal. La humanidad está, en cierto modo, desperdiciando los medios e instrumentos de que dispone para afrontar el reto y los retos del futuro. Si el lema de “juntos podemos” pueda parecer insuficiente y vacío de contenido, sin embargo contiene un principio básico del que depende el futuro de la humanidad. Nunca como hasta ahora, sólo se progresa cuando se produce un acuerdo mayoritario en la sociedad para resolver los problemas con la participación de todos. Los movimientos sociales recientes son una llamada de atención de los que no participan y quieren participar en el esfuerzo común y en la resolución de las dificultades actuales.

Para concluir, sólo les diré que estoy firmemente persuadido que nuestra civilización, nuestro país y sus universidades tienen futuro, porque, entre otras cosas, nuestro estado de ánimo no es el propio de la derrota. Vamos a triunfar sobre y a superar los obstáculos que nos tienen atascados en esta encrucijada del nuevo siglo. Lo que sí es seguro que la salida de la actual crisis va a configurar un futuro mejor que, probablemente, en nada se parezca al pasado, pero que permitirá a la humanidad afrontar retos que tiene planteados desde hace siglos y que, curiosamente, sólo ahora se puede plantear y resolver con un cambio en las mentalidades, que repercuta en un nueva economía, una nueva sociedad y una nueva política. A todo ello, las universidades vamos a colaborar como lo hemos hecho siempre, con lealtad institucional y responsabilidad con el conjunto de la sociedad a la que servimos.

Muchas gracias

Universidad de Almería, a 3 de octubre de 2011

